

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

la apacible suiza

LA entrada natural — o por lo menos la que a mí me parece más natural — de Suiza, es la entrada por el norte, por Basilea. De este modo, los Alpes quedan al sur, al otro lado, y, por tanto, los valles de Suiza son una extensa explanada, están como en un balcón. Pero es que, además, la entrada a Suiza desde esa vertiente parece la entrada a una gran casa, de la que Basilea sea a la vez salón y pórtico. La plaza del Ayuntamiento, con su mercado de flores, ya semeja un extraordinario jarrón. Y el propio edificio del Ayuntamiento, en el que los esgrafiados y retablos son una marquetaría deliciosa, sería un mueble soñero, un arcón medieval para guardar lustras sedas.

Entramos todos los años a Basilea por la noche, de vuelta de Alemania, y nos paramos invariablemente a dormir en uno de los hoteles de más rancia tradición de esa vieja Europa de ríos y de violines. Se llama ese hotel, el de los «Tres Reyes». En los primeros de nuestros contactos con Basilea, hace ya veinte años, campeaban todavía sobre la fachada la grafía germánica y la versión en lengua alemana de este título. «Gasthof zum Drei Königen», nos sonaba entonces a tradición y a afinidad con la marca del Sacro Romano Imperio. El triángulo en que tropezan el Rin y el Danubio, acampado por los dos emperadores, de cuya gesta aún venimos nosotros, César y Carlomagno, viene a tener allí uno de sus vértices. El otro está en Straasburgo, el portento del norte; el tercero iríamos a buscarlo en los confines de Austria con Hungría, en la cristiana tierra de Passau, monástica y retórica.

Desde las alcobas de este hotel se escucha de noche un rumor sordo, que es como el vagido de una caracola; se trata del rumor que hace el Rin al lamer las pilastras en que se asienta el edificio. Desde la veranda vemos de noche dormir las barcas y titilar las luces. El gran puente sobre el río tiene cinco ojos insomnes, de los que se levanta un vaho triste.

Desde esta misma veranda contemplé por primera vez el Rin otro emperador, Napoleón. La copia de una carta autógrafa nos lo recuerda en uno de los salones del «Drei Königen». Alguno de los Estuardo se asomó también al Rin en ese balcón, aunque seguramente para menesteres menos heróicos. La historia menuda — y aun la grande — de Europa nos persigue por todos lados, en esta señorial y antiquísima posada, menos en la habitación, que es funcional, señera y ahistórica. En la tibia luz del bar, mientras escuchamos gemir tenuemente una música, mientras bebamos un whisky nocturno y tonificante, nos mira desde un marco la clara efigie de la emperatriz Eugenia.

Nos gusta varar en la noche en Basilea, de vuelta de Alemania, precisamente por ese reencuentro de los personajes vivos de la historia, de la historia hecha anécdota y chisme otra vez, de la historia humanizada. En Alemania estaban seguramente los campamentos y en Basilea las alcobas. Sería hermoso estar en el siglo XVIII, subir a la posta en los «Tres Reyes» e irse a estudiar Física a Heidelberg. A lo largo del Rin — o de sus afluentes — existen los grandes islotes de cultura, pero la historia empieza a diluirse en los campamentos, más allá.

Cuando al día siguiente despertamos de ese sueño voraz, tras el viaje, y del ensueño histórico, se nos ofrece una ciudad risueña y actual, una de las más bellas ciudades modernas de

esta Europa transformada. Lo que de nuevo nos sorprende es la ausencia total de todo vestigio de guerra. También hace años percibíamos esta realidad; al llegar a Suiza, la noción de paz se hace total. Es una sugestión inexplicable, que brota del trato de las gentes, del empaque urbanístico, de una variedad de indefinibles detalles. El regate a las guerras — y sobre todo a las dos últimas guerras mundiales que asolaron Europa — se hace patente hasta en el color de las flores y de los prados.

Se nos hizo patente de nuevo en Neuchatel, frente al abanico y a la curvatura del lago. Es, inexplicablemente, rara la sensación que nos invade una vez más al pisar Suiza: la historia más reciente y catastrófica, allí ha sido solamente noticia de periódico. Las bombas de allí fueron tinta impresa.

Por eso, seguramente el hombre que nos atiende en la peluquería es tan apacible; por eso, el conductor del tranvía baja de la cabina para ayudar a la madre de familia a apejar al niño; por eso existe todavía una cierta cortesía, quizá profesional y utilitaria, pero cortesía, en los ademanes de las gentes que nos sirven. No ocurre

una maravilla llamada octubre

vierno literario y el atolondrado verano, nos sugestionan y nos satisfacen como este otoño insinuante y dorado que se nos da en el mes de octubre. Las demás estaciones del año son diversas en cada lugar; pero el otoño, en este mes de octubre, es único. Un oro luminoso cubre las vertientes y los prados, desde el Elba hasta el Guadalquivir, allí donde la hojarasca se deja tíbilmente encender por el ocaso. Y es una sola la llamarada de la luz entre los setos.

En la ciudad, que es habitualmente nuestro centro, también el mes de octubre es de hechizos y de sugerencias. Pasados el fulgor violento y la erosión del verano, sarcástico y desnudo, el otoño empieza a arroparnos a todos de un modo que, a la caída de la tarde, nos invita a mirar, a pasear... Es amable y nos agrada el escorzo de las jóvenes damas que se paran ante un escaparate. Si ya en los albores de noviembre cae sobre ellas una leve llovizna, la imagen que nos ofrecen al abrir el paraguas, al arrebujarse en las vueltas de piel de un abrigo, tiene la gracia de un dibujo o de una «gouache» repentina, para colgar largo tiempo de nuestro recuerdo. El charol de la calle devuelve un poco el borrón de esa línea y la belleza se hace moviediza, apresurada e incitante en los «boulevards».

Pero lo que más me agrada de octubre es la hora matinal del trasiego callejero. Hace años que no había reparado en la extraordinaria fuerza de esta hora matinal, cuando ya el verano ha transcurrido. Lo más sorprendente de todo es la expresión que tienen los rostros de los chiquillos que cruzan la ciudad camino del co-

lo mismo en muchas zonas de Francia ni en la Alemania Federal, donde el cliente de los establecimientos a veces tiene la sensación de ser inoportuno, de estar de sobra.

Cruzar Suiza en automóvil, de Basilea a Ginebra, es empaparse de un baño de paz. La consabida postal de los valles se reproduce en cada vertiente. Nos agrada la tópica realidad de un rebafío de vacas interrumpiendo el tránsito en la carretera. Y cuando el gran lago empieza a destellar en lo hondo nos invade un sosiego buélico, un sosiego que, si durara más, llegaría a hacerse agobiante.

Se va a Suiza para poder pasear de noche por la Ginebra calvinista, por el empujado barrio viejo; para enterrar una parte de la noche en sus «bistrotas» y conversar en voz muy moderada. Se va a Suiza para hacer una cura de silencio. Una cura de silencio que no empece, al filo de la media noche, un largo debate sobre las musas del Olimpo con mi amigo Gabriel García Gil, que está con ellas en muy buenas relaciones, puesto que es poeta.

El viaje de regreso, con lluvia insistente, fue volver a pensar.

legio. Unos, con la cartera en los brazos o atada a sus espaldas, nos miran prolongadamente, volviendo la cabeza, como si fuéramos bichos raros; los chiquillos lo miran todo largamente; nos miran hasta darnos rubor, un rubor estrafalario que solo sentimos los hombres adultos cuando nos cruzan la inesperada observación de un ser, como es el niño, sin intelectualizar todavía. Luego, los chiquillos se echan a correr, para ganar el tiempo que han perdido observándonos.

Cuando los chiquillos vienen en racimos, por la calle, de la mano unos y otros, vigilados por una doncella o una maestra, es preciso apartarse de la observación colectiva de esos grupos que pierden entonces la dirección y la andadura; se alejan lentamente volviendo la cabeza, en un largo acordeón de cuerpos y cabezitas que tropezan, y se embarullan entre los faroles o en el tronco de un árbol.

Y resulta también hermoso advertirlos en el interior de los autobuses escolares; uno se siente raudamente frotado por docenas de ojos vivos y atónitos, que todo lo observan y para los cuales la vida — y el espectáculo de la calle y la ciudad — es una lámina esplendorosa y nueva.

No es octubre solamente la estación de los oros forestales y de la pulpa de la guinda silvestre que asoma en los desmontes; no es solo el otoño suspirante y perfumado de las largas tardes de silencio y de idilio; no es la hermosa y proustiana faz de la dama que entra en la «boutique»; otoño es el racimo de los rostros infantiles que ven pasar el mundo y la gramática, la ciudad y las «tablas», y que parece que busquen por todos lados dónde empieza el camino que les lleve a vivir.

Este octubre es para mí, ahora, un espejo infinito de niños asombrados; una inacabable ristra de ojos azules sobre los que navega, flotando, la primera hoja caída de un abedul.